

Mario Gómez Olivares

## **De Maradona y Batistuta a la Bruja Verón y Aymar, ¿qué más puede exportar Argentina en la era digital?**

*El trance en que nos hallamos es un trance decisivo. A nadie escapa su gravedad; pues, aun aquellos que no suelen aplicar a los problemas del tiempo otro criterio que el del sentido común, sienten sus consecuencias de un modo vivo y directo. Los comerciantes y los industriales advierten, desconcertados y confundidos que dificultades y tropiezos insuperables afectan las actividades del fondo económico de la nación; los agricultores y los ganaderos asisten a una paulatina desvalorización de sus productos, ante la cual fracasan todas las medidas oficiales y todos los sistemas económicos; los trabajadores sufren con más agudeza que nadie las repercusiones de un malestar que atribuyen a la injusticia del orden establecido; y los profesionales, a poco que levantan la mirada más allá del paisaje inmediato circunscrito de la profesión, intuyen, con mayor o menor claridad que una crisis profunda disloca los fundamentos del mundo contemporáneo.*

Saul Taborda, *La Crisis Espiritual y el Ideario Argentino*, 1933

### **Consideraciones preliminares: primerita**

La mayoría de los países de América Latina tienen hoy una economía abierta, que es la receta para el crecimiento económico que emana de la situación internacional generada posteriormente a la caída del bloque soviético. La economía de América Latina ha crecido a partir de los años noventa a tasas superiores a la tasa de crecimiento media de la economía mundial. Este proceso comenzó en la mitad de la década de los años ochenta después de un cambio substancial en su modelo de desarrollo, caracterizado por la instauración de una economía de mercado, que implicó una transformación social radical, con la total privatización de las actividades económicas y una inserción en la economía mundial con recurso al capital extranjero.

La instauración de la economía de mercado ha abarcado paulatinamente todas las actividades económicas productivas y servicios: la salud, la educación, la seguridad social, las infraestructuras, comunicaciones, pasando una parte sustantiva de la propiedad estatal a manos de capitales nacionales privados o extranjeros. El modelo dominante de nuestra época afirma que las políticas macroeconómicas conducentes al crecimiento del producto interno bruto conducirán ineluctablemente, una concepción conocida, mediante los mecanismos del mercado y con la menor intervención posible del Estado, a la solución de los principales problemas de bienestar de la población del mundo en general, y de los países llamados en vías de desarrollo en lo particular. Estas políticas con frecuencia han llevado el calificativo de "ajuste estructural" y se supone que deben conducir a un desarrollo estable y equilibrado de las sociedades nacionales (Stavenhagen:1998)

Este proceso, liderado políticamente por los gobiernos latinoamericanos que resurgen a seguir al periodo dictatorial, que caracteriza la escena política de los años 60 hasta mediados de los 80, apoyado por todos los sectores empresariales y la derecha política y económica, condujo a un proceso de modernización de las fuerzas productivas, reorientando la actividad económica al desarrollo de condiciones que

permitiesen transformar el país en un país exportador de bienes primarios e manufacturados en una base tecnológica avanzada.

Fue abandonado el viejo proyecto industrializador desarrollista, provocándose por consecuencia y de manera deliberada una destrucción de sectores industriales construidos por el Estado o apoyados por este en las décadas anteriores: la industria siderúrgica, metalmecánica, química, textil y calzado. Una política desindustrializante, liderada por el capital financiero, reorientó la inversión a sectores que construyesen la base de las llamadas exportaciones no tradicionales, y al mismo tiempo se abría la economía al capital extranjero en los mercados de bienes no transaccionales. Nuevas exploraciones de riquezas tradicionales fueron entregues en concesión o en propiedad a capitales extranjeros o nacionales en una lógica de racionalidad.

El sector financiero sufrió alteraciones importantes: la privatización de los bancos y seguros nacionales, la apertura a la banca internacional, la utilización de nuevos recursos financieros resultantes de la privatización de sectores de seguridad social y sobretodo con el recurso al crédito internacional privado.

Las familias alteraron sustancialmente la estructura de su gasto, teniendo el rendimiento disponible que integrar los gastos en salud, en educación, ahora privatizados; una parte importante de productos de consumo importados, susceptibles de variar con la política de cambios y monetaria. Las empresas supervivientes del shock monetario y financiero o de las maniobras de combate a la hiperinflación fueron obligadas a repesar su demanda en función del mercado mundial. La política de adelgazamiento del Estado, eliminó sustantivamente las funciones sociales del estado, fue llevada a cabo una política presupuestaria bajo el lema ortodoxo de la *sound finance*, practicándose apenas una política de subsidiariedad a sugestión de sus consejeros venidos del norte.

La distribución del rendimiento nacional apostó sobre todo en el derrame, por lo que exacerbó bruscamente las desigualdades entre los sectores sociales de los países. Disminuyó cualitativa y cuantitativamente la parte del trabajo en el rendimiento nacional, sea por la caída del salario real, como por un movimiento cíclico del empleo-desempleo, excluyendo una parte importante de la población al acceso de bienes públicos tradicionales, como salud, educación y previsión y, dejando a la tradicional clase media, soporte de los regímenes democráticos tradicionales, en una situación de empobrecimiento y desequilibrio.

Si bien es verdad que el nuevo modelo de desarrollo trajo cambios sustanciales en un proyecto de modernización productiva, renovando la agricultura, la pesca, la minería y sobretodo de importantes sectores de servicios como la banca, los seguros, las comunicaciones, también es verdad que las economías de estos países son hoy más vulnerable a las fluctuaciones y vaivenes de la economía mundial, de la demanda externa, de los movimientos financieros, de la voluntad del capital extranjero que se instaló en los sectores tradicionales, nuevos servicios y en los sectores financieros, pero su flaqueza es que, sobretodo, no consigue evitar el deterioro de los *terms of trade*, de la balanza comercial y de servicios, obligando a una política cambial activa y sobretodo a aumentar su deuda externa, lo que origina tensiones perma-

mentales que se reflejan en la política social y en la debilidad intrínseca a hacer frente a la volatilidad del capital financiero (Olivares, 2000).

Después de la famosa "década perdida" de los ochenta, en que decayeron calamitosamente las tasas de crecimiento económico y cayó el producto nacional en casi todos los países de la región, la década de los noventa se caracteriza por el triunfo de las políticas neoliberales, la reducción de la participación del Estado en la vida económica y social. Se introdujeron políticas de apertura de los mercados, se eliminó paulatinamente el proteccionismo característico de las industrias, la privatización de los bienes colectivos, así como por los drásticos recortes presupuestarios a las instituciones de previsión, protección y desarrollo social. El resultado de este conjunto de medidas, como era previsible, ha sido una creciente desigualdad y polarización de las sociedades latinoamericanas y el aumento de los índices de pobreza de la población.

Como ya ha quedado claro en estos años, el modelo el modelo propuesto no es el del capitalismo como tal, sino el de un capitalismo de libre mercado totalmente incontrolable, como no existe ni existió en el pasado. Si sus resultados comienzan a ser vistos es indudable que pueden ser considerados desastrosos. No sólo porque aumentaron discriminadamente la desigualdad, sino porque también se acentuó la inestabilidad económica, supuestamente el gran problema que se quería resolver con la eficacia de un modelo seguro. Así que la depresión económica actual de los países desarrollados se comenzó a sentir en el Sur, se puede observar que los países que hasta el momento sobrevivieron han sido aquellos que no se integraron enteramente al sistema internacional de libre mercado. Entre ellos, China, la India, Rusia hasta cierto punto y después de la corrección necesaria de 1995. Por otro lado cuanto más se integraron los países al llamado sistema de dólar internacional, más dramáticas fueron las fluctuaciones y más dramáticas las consecuencias (Hobsbawm:2001).

Las raíces de este proceso las encontramos en un transcurso que emerge a principios de 1990, tras la caída del muro de Berlín, cuando a partir de la reflexiones que se hacen entre especialistas del desarrollo estadounidenses, se intentó formular un listado de medidas de política económica que constituya un "paradigma" único para la triunfadora economía capitalista. Este listado serviría especialmente para orientar a los gobiernos de países en desarrollo y a los organismos internacionales (Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial ) a la hora de valorar los avances en materia de ortodoxia económica de los primeros, que pedían ayuda a los segundos.

La primera formulación del llamado "consenso de Washington" se debe a John Williamson. El escrito concreta diez temas de política económica, en los cuales, según el autor, "Washington" está de acuerdo. "Washington" significa el complejo político-económico-intelectual integrado por los organismos internacionales (FMI, BM), el Congreso de los EUA, la Reserva Federal, los altos cargos de la Administración y los grupos de expertos. Los temas sobre los cuales existiría acuerdo son

- ⊕ disciplina presupuestaria;
- ⊕ cambios en las prioridades del gasto público (de áreas menos productivas a sanidad, educación e infraestructuras);

- ⊕ reforma fiscal encaminada a buscar bases imponibles amplias y tipos marginales moderados;
- ⊕ liberalización financiera, especialmente de los tipos de interés;
- ⊕ búsqueda y mantenimiento de tipos de cambio competitivos;
- ⊕ privatizaciones;
- ⊕ desregulaciones;
- ⊕ garantía de los derechos de propiedad.
- ⊕ liberalización comercial;
- ⊕ apertura a la entrada de inversiones extranjeras directas.

Ha habido otras formulaciones del "consenso de Washington". Fischer, comentando el escrito de Williamson, habla de cuatro aspectos fundamentales: marco macroeconómico equilibrado ("sound"); gobierno de menores dimensiones y más eficiente; sector privado eficiente y en expansión; y políticas destinadas a la reducción de la pobreza. Krugman resume el consenso en la virtud victoriana en política económica: mercados libres y moneda sólida. Pero como apunta Krugman, el resultado económico real de los países que habían adoptado las políticas del consenso de Washington, en comparación con los beneficios financieros que arrojaban a los inversores internacionales o a la recepción que recibían sus políticas en el circuito de las conferencias, era claramente decepcionante. Independientemente de lo que pudiera haber indicado el saber convencional, las bases subyacentes de la convicción tanto de los inversores como de los gobiernos de que esos países estaban en el buen camino eran cada vez más frágiles.

El mismo Williamson reformulará y matizará los diez puntos, en el año 1993, en otro artículo ("La democracia y el *consenso de Washington*"), en donde defiende de nuevo la necesidad de un consenso y matiza el alcance del mismo, distinguiendo tres tipos de medidas de política económica:

- aquéllas en las que se ha conseguido consenso;
- aquéllas en las que existe controversia técnica (no relacionada con temas de equidad);
- aquéllas en las que todavía queda controversia para años, porque implica valores políticos: sobre todo problemas de equidad.

De hecho, Williamson acepta la sugerencia de cambiar el concepto de *consenso de Washington* por el de *convergencia universal*. Este segundo es menos exigente y, además, permite olvidar que "Washington" predica, pero no siempre practica las normas que contiene. Sin embargo, entre 1993 y el fin del decenio, han sucedido acontecimientos graves: las crisis mexicana y asiática. De ahí surgen voces que proponen una reforma del consenso a partir de las sugerencias surgidas de la reunión del G-7 de octubre de 1998.

*El consenso de Washington* pretendió establecer a través de un conjunto de pautas, también, un ambiente de transparencia económica. No sólo porque las normas orientativas la contengan de manera ineludible, sino también porque la misma existencia de un recetario es un espejo al que podemos mirar a la hora de juzgar la actividad económica de los países. Para los países desarrollados, y en especial para los EEUU, la formulación de este consenso representaba también un desafío: la concreción de medidas que ayudaran a los países desarrollados a aprovechar las oportu-

nidades y evitar los inconvenientes de la emergencia de nuevos mercados. Hacer del consenso parte de la globalización inevitable, una fuerza que dinamice las reformas económicas y sociales, en lugar de un obstáculo. Integrar los países de América Latina en una comunidad política "cosmopolita", formada de una sensibilidad creciente ante la internacionalización (Leon Reyes:2001).

Para muchas personas, el consenso de Washington pareció marcar un momento decisivo de los asuntos económicos mundiales. Ahora que empezaba a retirarse de las economías del Tercer Mundo la mano muerta del Estado, ahora que los inversores empezaban a ser conscientes de las enormes posibilidades de beneficios de estas economías, el mundo estaba preparado para un dilatado período de crecimiento rápido en los países que hasta el presente habían sido pobres, y para los movimientos masivos de capital de Norte a Sur.

La cuestión no era si se cumplirían las expectativas optimistas sobre el crecimiento en los grandes mercados emergentes, sino si los países industrializados serían capaces de afrontar la nueva competencia y aprovechar las oportunidades que les ofrecía ahora este crecimiento..

Es discutible el grado de interés por parte de los organismos internacionales o del gobierno de los EEUU respecto a la formulación del consenso de Washington. En todo caso, los conflictos que habían sacudido la teoría y la práctica económica, especialmente en la América Latina cuestionada por el FMI y por el BM, se daban por terminados. El estatalismo excesivo era descartado; pero el FMI y el BM, también habían evolucionado e incorporado (en virtud de su carácter práctico) propuestas sociales en sus programas de ajuste. Ahora no se trataba ya de discusiones globales que contrapusieran planificación y mercado, políticas de demanda y políticas de oferta, sustitución de importaciones y apertura de las economías. Se habían terminado las ideologías.

El final de estas ideologías no significa el fin, sino el principio, de las discusiones útiles. Las discusiones actuales, como las que se están manteniendo sobre los incentivos o los desincentivos que puedan tener los sistemas de paro o sobre las ventajas o inconvenientes de los diferentes sistemas de provisión de servicios sanitarios o educativos, son más interesantes que las viejas discusiones entre los partidarios de diferentes *modelos de sociedad*. Hoy en día las discusiones son más de gradación, y eso las convierte en discusiones más útiles, pero también más difíciles. Ahora orientarse es más difícil que antes.

Cualquier observador puede ver que la mayoría de los gobiernos de los países en vías de desarrollo en general y de América Latina en particular son aún reticentes a insinuar un retorno a las políticas intervencionistas y nacionalistas porque temen que tales sugerencias serán rápidamente castigadas con la evasión de capitales. En ese sentido, tarde o temprano, algunos de ellos redescubrirán la atracción de los controles de capitales, como el gobierno chileno que los introduce después de la crisis de 1998. Como ya ha sucedido muchas veces en el pasado, algunos países presos de la desesperación impondrán regulaciones para desalentar la evasión de capitales. Descubrirán que, aunque esas regulaciones elevan efectivamente el coste de hacer negocios, ese coste parece menor comparado con su nueva capacidad para contener temporalmente los ataques especulativos sin imponer tipos de interés

punitivos, en la situación paradójica de las tasas de interés directoras de los principales bancos centrales estar a bajar (Krugman: 1995).

Problemas adicionales de la economía de los años 90 han sido las crisis sistémicas globales y la aceleración de los cambios. Ante estas crisis, relacionadas en parte con expectativas o pánicos de diversos agentes económicos, el establecimiento de un consenso y la promoción de la "cultura de la estabilidad" permitirían aprovechar las oportunidades surgidas en los países emergentes.

Curiosamente los antecedentes del "Consenso de Washington" pudieran situarse a partir de la década del 70, después de la crisis de los petrodólares y de la declaración de inconvertibilidad del dólar en oro que hiciera el presidente Richard Nixon en 1971. Esta decisión, que evidenció el fracaso de los acuerdos de Bretton Woods, acuerdos mediante los cuales surgieron el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, determinó el inicio de una nueva era para el FMI en cuanto a objetivos, ya que después de dos décadas de estabilidad y crecimiento mundial, comienzan a darse fenómenos económicos en diferentes áreas del mundo que denotaron que el fin del equilibrio había llegado, y que tuvo una dramática expresión con la crisis de la deuda latinoamericana.

Se crea además una nueva circunstancia mundial con el derrumbe del campo socialista, pues se perdía la estabilidad de un mundo bipolar y se acentuaba la hegemonía de los círculos de poder de los que fueron y siguen siendo los países "centros".

No obstante, el antecedente más importante de este consenso e íntimamente ligado a la crisis de la deuda latinoamericana fue el Plan Brady, propuesto por el Secretario del Tesoro de EEUU, en marzo de 1989, y que sugería que los organismos intergubernamentales, los gobiernos acreedores y los bancos privados prestaran recursos para ayudar a la reducción de la deuda.

En un sentido amplio, este plan determinaba la generalización de la reducción de la deuda a través de la conversión de ésta en pagarés negociados en mercados secundarios que se les denominó "Bonos Brady", marcando un cambio en el patrón de financiamiento, al pasarse del uso intensivo de los préstamos bancarios al financiamiento mediante títulos negociados en los mercados de capitales.

Los bonos Brady se emitieron con respaldo del Tesoro norteamericano, de ahí el interés de Estados Unidos y de la Instituciones de Bretton Woods de establecer a partir de aquel momento medidas de política que garantizaran el repago posterior de los bonos, por lo que el Consenso de Washington serviría de sustentáculo a este plan.

Las reformas llevadas a cabo consolidaron estas economías como francas economías de mercado, con una amplia apertura comercial y liberalización financiera, facilitando la entrada del capital transnacional, con sus posteriores consecuencias.

En el ámbito comercial las reformas consistieron en reducir y unificar aranceles, desmontar todo tipo de restricciones y licencias a las importaciones y unificar los tipos de cambio.

Con alcances diferentes se llevaron a cabo programas de privatización que ampliaron el área de acción a los inversionistas locales e internacionales. Muchos de

estos programas de corte neoliberal contenían la reducción de deuda a través de privatizaciones, tal es el caso de países como Chile y Brasil, donde se privatizó la explotación de importantes recursos naturales a cambio de la conversión de deuda a bonos de más de 30 años. En Chile, por ejemplo, donde en 1996 ya casi todo estaba privatizado, se comenzó la privatización de los segmentos rentables que continuaban aún en manos públicas o se establecieron regímenes de concesión en las obras públicas, con el objetivo expreso de lograr un ajuste que permitiera pagar deudas sin recurso a déficit que presionasen el mercado de capitales, los intereses y no creara *moral hazard*.

En cuanto a la política fiscal, las reformas aunque menos profundas han sido importantes, simplificándose los sistemas impositivos, y estableciéndose bases tributarias más amplias y efectivas.

Se flexibilizaron los mercados laborales y en lo financiero se establecieron regímenes de tasas de interés libres, bajos encajes y mayor efectividad de la regulación y la supervisión. La liberalización financiera, también incluyó la reestructuración de los sistemas financieros para asumir los retos que impuso la conformación de un nuevo patrón de financiamiento a escala internacional centrado en el desplazamiento de los préstamos bancarios por operaciones con títulos valores (titularización). Para muchas personas el surgimiento del consenso de Washington pareció marcar un momento crucial de los asuntos económicos mundiales. Ahora que se empezaba a retirar de las economías del Tercer Mundo la mano muerta del Estado, ahora que los inversores empezaban a ser conscientes de las enormes posibilidades de beneficios en esas economías, el mundo estaba preparado para un dilatado período de rápido crecimiento en los países que hasta entonces habían sido pobres y para los movimientos masivos de capital del Norte al Sur. La cuestión no era si se cumplirían las expectativas optimistas sobre el crecimiento en los grandes mercados emergentes; era si los países industrializados serían capaces de hacer frente a la nueva competencia y aprovechar las oportunidades que este crecimiento ofrecía ahora .

Aunque muchos aducen que la reanudación del crecimiento económico de América Latina en la década del 90, estuvo estrechamente ligado a la aplicación de muchas de las políticas recomendadas por el Consenso de Washington, lo que sí es indudable y consensual es que su impacto negativo en los temas sociales ha sido de gran envergadura a través de la reducción de los gastos en educación, salud y asistencia social por mencionar solo algunos aspectos.

Las reformas en Latinoamérica aumentaron relativamente el crecimiento potencial de la región, pero este ha seguido siendo insuficiente e inestable como se aprecia en las series estadísticas de entidades tan acreditadas como la CEPAL, que demuestran que América Latina después de haber logrado en 1994 su crecimiento más alto del decenio (5.8%), baja a 1.0% en 1995, tras la crisis financiera de México, conocida como efecto "Tequila", y posteriormente se reactiva, volviéndose a contraer en 1998 después de la crisis asiática. En 1999, debido entre otras cosas al contagio de Brasil con la crisis financiera internacional, y a la fragilidad económica externa de los países del cono sur, el crecimiento de las principales economías latinoamericanas, excepto México, fue negativo con respecto a 1998, manifestándose a nivel regional un virtual estancamiento.

Los países que vieron más afectado su indicador de crecimiento fueron Venezuela, Colombia y Argentina que decrecieron 7.0%, 5.0% y 3.5% respectivamente. México por su parte creció un 3.5% y Brasil a pesar de haber sido el país más afectado por la crisis logró un pequeño crecimiento (0.5%).

Uno de los mayores problemas que afecta a la economía latinoamericana es el cíclico déficit en cuenta corriente (de 16 534 millones de dólares en 1991 a 56 370 millones de dólares en 1999) y del sector público (de 0.3% del PIB en 1991 a 3.2% en 1999) de la región.

La vulnerabilidad de las economías latinoamericanas a pesar de las reformas sigue siendo alta y contra las expectativas de los círculos dominantes, no ha sido atenuada. La preocupación central de muchos gobiernos y sectores empresariales reside generalmente y casi de manera exclusiva en la necesidad de mantener la confianza de los inversores y de no aumentar el riesgo país, sin ir a las verdaderas bases del déficit. Se da énfasis en la virtud de los aumentos de las exportaciones, pero se olvida la ligación de estas a las importaciones, al cambio en la estructura de las importaciones, que era anteriormente ligada a la importación de los medios de producción y hoy obliga a la compra de medios de consumo, muchas veces producidas con sus propias materias primas.

La volatilidad del crecimiento es mayor respecto a otras regiones, además ha empeorado la distribución del ingreso, se han profundizado los niveles de pobreza y las brechas salariales entre la mano de obra calificada y no calificada, lo que ha estado condicionado fundamentalmente por el insuficiente desarrollo de la educación y su inequitativo destino, y la tasa de desempleo es elevada, a lo que se agrega el aumento del empleo precario y la segmentación de los mercados laborales.

Todo ello, permite cuestionar el hecho que las políticas establecidas por el Consenso de Washington proporcionaron una mejora en el comportamiento de primordiales variables macroeconómicas, como son crecimiento e inflación (el índice de precios al consumidor disminuyó de 199.6% en 1991 a 9.6% en 1999), al menos en el período anterior a la crisis de los países de Asia Oriental, pero los indicadores sociales han empeorado, produciéndose un incremento del desempleo que en América Latina ha sido de 5.8% en 1991 a 8.7% en 1999 y disminución del salario medio, entre otros ya mencionados. Las políticas del consenso tampoco evitaron o protegieron el contagio provocado por la crisis del sudeste asiático, ni de países distantes reduciendo el potencial exportador, como muestran los efectos de la crisis asiática sobre las exportaciones de Brasil, Argentina y Chile.

Veinte años después de la crisis de la deuda, que obligó a América Latina a activar los cambios estructurales en búsqueda de la fórmula del crecimiento económico, la región está sumida en una nueva recesión, ratificada en las últimas publicaciones de datos agregados sobre América Latina por la CEPAL. Una vez conocidas las cifras entregadas por la CEPAL, muchos se preguntan hoy si vale la pena continuar así, cuando los primeros pronósticos de fin de siglo auguraban algo mejor para la región. Según la CEPAL, este organismo especializado de Naciones Unidas, el crecimiento regional será negativo en 0,5 por ciento al cerrar el año 2002, mientras el Producto Interno Bruto (PIB) por habitante caerá en 1,9 por ciento. Los datos de la CEPAL hacen prever que el fantasma de un endeudamiento excesivo



asoma de nuevo peligrosamente, la que afectará de nuevo con fuerza en los años inmediatos sobre las débiles economías del área. Este endeudamiento tiene una estructura diferente en los diferentes países de AL (Ocampo:2001).

Del análisis sobre esta materia sobresale Ecuador como el primero en suspender el pago sobre sus bonos Brady en 1999, seguido de Argentina y Paraguay que la siguieron este año. Ante la incertidumbre otros corren el riesgo de caer en el mismo foso, ya que el crédito está virtualmente cerrado, salvo algunas excepciones, que acaban por pagar un levado precio como el caso de Chile.

Los mercados financieros han estado cerrados para la mayoría de los países de la región, Argentina cayó en una moratoria y Brasil y Uruguay están en una situación de gran incertidumbre con graves problemas de liquidez para enfrentar los próximos años.

Argentina, que fue el alumno modelo del Fondo Monetario Internacional (FMI) hasta 2001, Brasil, el favorito de los inversionistas extranjeros y Uruguay, el modelo de buen gobierno aplaudido por Estados Unidos y Chile - el más anacrónico e insistente, mostraron estos dos últimos años la cara trágica de las fallas estructurales en el modelo neoliberalismo. Bajo esa orientación, Latinoamérica no podrá encontrar jamás una estrategia que asegure el crecimiento sostenible a largo plazo con estabilidad, como pretendían los gobiernos de la nueva democracia y los consejeros del FMI, y ya se busca un nuevo consenso, que se preocupe de los problemas sociales del ajuste y del largo plazo, como apunta el llamado *consenso de Monterrey* (Morazan: 2001).

En ese contexto, la actual salida de capitales o disminución de inversiones en América Latina es un reflejo de la falta de perspectivas de crecimiento. Pero el nivel de inversión extranjera no es sino una condición para el crecimiento. El crecimiento económico de las economías latinoamericanas pasó a depender del crecimiento del gasto de la empresas y familias de los países desarrollados, de los fondos de pensiones y los carteles financieros. Si las economías europeas, del llamado Norte no crecen, las economías del sur estacionan; cuanto más ellas hayan colocado el sector exportador como pilar central del crecimiento económico, más ellas son afectadas, llevando la economía a crecer a un ritmo inferior al que el pleno empleo requiere. Curiosamente 2001 y 2002 son los años únicos en que la balanza de comercio es positiva y la de pagos es negativa mostrando con claridad que se importa menos, porque el ritmo de consumo interno disminuye y las inversiones bajan, a la espera de la recuperación de los países capitalistas desarrollados. El servicio de la deuda ha crecido, las inversiones extranjeras disminuyeron, los lucros repatriados continúan, la asfixia no llega porque el lazo de la tasa de interés está suelta, y porque los salarios y el desempleo son la contribución patriótica, el ahorro forzado para financiar el próximo ciclo de expansión del capitalismo. Los mercados emergentes, en la visión del consenso de Washington, dependen de la capacidad de expansión de los mercados en las regiones desarrolladas, los cuales son afectados por el carácter cíclico del crecimiento económico (Ramos Silva:2002).

Joseph Stiglitz, Premio Nóbel de Economía en 2001 y ex economista jefe del Banco Mundial (1997-2000), en su libro "la globalización y sus descontentos" destacó recientemente que entre 1992 y 2002 (después de la década de reformas de 1982-92), la tasa promedio de crecimiento económico de América Latina fue la

mitad que la de los años 50, 60 y 70. Según Stiglitz, la salida al crecimiento económico de la región latinoamericana hay que buscarla al margen del FMI y El Banco Mundial, y rehuir de los programas del neoliberalismo. Jesús Silva Herzog, quien era secretario de Hacienda de México cuando estalló la crisis de la deuda en agosto de 1982, resaltó el mismo hecho y opinó que los gobiernos de América Latina quisieron ser "más papistas que el papa", al seguir las recetas del Fondo. Claudio Loser, director del Departamento del Hemisferio Occidental del FMI, reconoció que la situación es muy difícil pero dijo no creer que ocurra una nueva crisis generalizada. Loser consideró que es posible encontrar una solución, siempre y cuando disminuyan las tendencias proteccionistas de los países avanzados industrializados. Indicó que los países que han tenido un mejor desarrollo ante la crisis son aquéllos que no han seguido al pie de la letra el llamado "consenso de Washington" y han dado apoyo gubernamental a sectores estratégicos de la economía, como China, India, Malasia y otros. Una cosa parece claro, el modelo de desarrollo del "Consenso de Washington" se ha visto desacreditado después de las crisis en Asia, Rusia, Turquía y Argentina y del ensanchamiento mundial de la brecha de la pobreza (Henderson:1999).

#### **El comercio exterior y el desarrollo**

Durante el año 2001 la economía mundial registró la menor tasa de crecimiento de los últimos diez años, reflejando la pérdida de dinamismo de las principales economías del mundo y la menor disponibilidad de financiamiento para los mercados emergentes.

La reducción simultánea en las tasas de crecimiento de los Estados Unidos, Japón y Europa, la convierten en la primera desaceleración mundial generalizada desde la crisis del 30, diferenciándola de los procesos recesivos registrados en las últimas tres décadas.

Se estima que durante el 2001 el volumen del comercio internacional registró una modesta tasa de crecimiento del orden del 1,1%, acompañado por una caída en el valor de los bienes transados del -3.0%.

En este contexto, la mayoría de las economías latinoamericanas se vieron afectadas por la contracción de la demanda externa, explicada por una caída tanto en el volumen como en el precio de sus exportaciones, a la vez que debieron enfrentar las consecuencias del menor flujo de capitales hacia los países emergentes.

La incertidumbre reinante en los mercados financieros internacionales produjo un "vuelo hacia la calidad", impidiéndoles a las economías emergentes beneficiarse de los sucesivos recortes en las tasas de interés rectoras implementados tanto por la Reserva Federal como por el Banco Central Europeo, sobre todo porque el dólar continuó apreciándose frente a la mayoría de las monedas, el euro se fortalece frente a las monedas latinoamericanas y el yen se mantiene estable su cotización.

Argentina, tal como los países de América Latina, inició un proceso de integración en la economía mundial ya en el siglo XIX, siendo un socio tradicional de Europa y de Estados Unidos. Pero el proceso de inserción de la economía Argentina sufrió tal como las otras economías del cono sur, un cambio absoluto que se hace necesario destacar y que es importante poner en relevancia, pues toda a

filosofía estratégica del desarrollo de Argentina se alteró drásticamente. De una economía con fuerte presencia estatal y dirigida, se transformó en una economía de mercado, abierta al capital internacional y desplazada para a exportación de manufactura, diferente de la concepción tradicionalmente vinculada a la exportación de carne bovina, cueros y cereales tradicionales para el mercado mundial, y de productos manufacturados para los países de América Latina.

Esta transformación apuesta además en un proceso de integración regional más vigoroso y real con Brasil, Uruguay y Paraguay, de complementariedad con una serie de países de la región, tales como Chile, Bolivia y Perú y de ventajas comparativas con el resto del mundo, implicando la exploración intensa de recursos naturales até ahora menos explorados, apostando en el aumento de demanda mundial e sobretodo, generando condiciones de competitividad natural, sin la protección tradicional del estado.

Cuando consideramos la evolución reciente del comercio externo argentino, no podemos dejar de tomar en cuenta las variaciones la evolución del comercio mundial, para lo que mucho ha contribuido la expansión que se verificó en la zona NAFTA, comandados por el crecimiento económico de los Estados Unidos, que creció en la década de los noventa, una época considera de oro, a tasas superiores a las europeas y a la de los países asiáticos. Los países que han liderado este proceso son sin duda los países de manufactura desarrollada y los países productores de petróleo. En contrapartida, los productores de alimentos y materias primas no petrolíferas son doblemente castigados, sea por la caída de sus precios, sea por la desvalorización de sus monedas en relación al dólar o a otras divisas, tales como el yen o won.

Si el valor del comercio mundial aumentó aproximadamente 15% en el primer semestre del año 2000, su caída posterior no ha permitido un comercio con el resto del mundo proficuo para los países emergentes. Si este indicador es positivo en los años noventa del siglo pasado, su caída en el inicio de un nuevo siglo irá contra las expectativas de crecimiento y será negativo para el comercio exterior de los países latinoamericanos y para Argentina. El aumento del comercio mundial es un presupuesto implícito para el desarrollo de las economías del sur, por lo contrario, l adversa evolución de los principales motores de la economía mundial, irá a repercutir sobre la mayoría de los países en desarrollo. Latinoamérica no fue ni será una excepción, exhibiendo una marcada desaceleración de su tasa de crecimiento.

Por esta razón, el ajuste actual que sufre la economía argentina es agudizado por el viraje estratégico en su modelo de desarrollo, que obligó a la economía Argentina a readecuar la industria exportadora y a una reestructuración de sus importaciones y por ende a ajustar su balanza de pagos a flujos y zonas geográficas diferentes.

El despoje de la industria protegida pelo estado, que surge en los años 30, da lugar a un proceso de desindustrialización que afecta la balanza comercial de modo estructural, que genera la necesidad de redefinir mercados de destino, bienes e sectores para un nuevo equilibrio comercial. En este proceso surgen nuevos sectores, basados sobretodo en la exploración de riquezas naturales y su manufacturación, nuevos mercados, complementares a la economía Argentina, como Chile, países asiáti-

cos, aunque manteniendo los tradicionales vínculos con los países de la zona NAFTA y de la Unión Europea.

Si bien la apuesta en el *Mercosur* haya revelado beneficios para la economía tradicional Argentina y siendo de volumen significativo, no se ha revelado tan eficaz como era admitido inicialmente por el pensamiento político. Esto se debe muy probablemente a la incompatibilidad entre las políticas de ajuste seguidas por Argentina y las que fueron necesarias en el Brasil, generando una desvalorización del Real y políticas que apostaron fuertemente en la valorización del peso argentino. Un factor muy importante, es que la desindustrialización impidió a este país de recurrir a su tradicional industria metalmeccánica, que fuera en el pasado la base de su cualidad de país industrial, papel que cabe ahora a Brasil en un grado mayor, sitio de localización privilegiada de las multinacionales del ramo automóvil, pero de búsqueda de desarrollo autónomo en base nacional.

La capacidad del sector externo argentino estuvo lejos de ser óptima. La recesión doméstica en los años 90 provocó una fuerte baja en las importaciones, mientras que las exportaciones mostraron una lenta recuperación.

Sin embargo, los intentos por incrementar las exportaciones estuvieron dependientes de la política cambial seguida a partir del plan Caballo, que obligaba a bajar el gasto fiscal que tuvo por consecuencia amplificar la contracción del nivel de actividad y la desocupación. Frente al creciente deterioro de las cuentas públicas se implementó un programa de búsqueda, a partir del cierre de la brecha fiscal, incrementar el nivel de actividad y disminuir el costo financiero.

La acelerada contracción económica afectó la capacidad de repago de los principales deudores bancarios y generó una fuerte fuga de depósitos. Para evitar el colapso del sistema financiero, el gobierno implementó en diciembre el denominado "corralito" y un programa de control de cambios. El contexto recesivo y la ausencia de financiamiento externo obligó al Estado a suspender los pagos de la deuda pública. Mientras tanto, el bajo nivel de las reservas internacionales debilitó los pilares de la convertibilidad y finalizó con el régimen de conversión.

Frente a la crisis, el nuevo gobierno puso en marcha un programa económico en línea con lo hoy, el mundo considera como la "nueva ortodoxia" para los países emergentes: tipo de cambio flotante, política monetaria austera y déficit fiscal financierable. Pero en diciembre del 2001 Argentina declaró suspensión de pagos de su deuda externa, se impusieron severas restricciones a las retiradas de depósitos bancarios y de los gobiernos fueron derrocados por las manifestaciones y revueltas populares. Tanto el mundo político y financiero -nacional e internacional- conocen que Argentina atraviesa una profunda crisis económica, que algunos analistas, con visión atemorizadora, han calificado de "terminal". La misma le fue adjudicada a una severa situación de crisis institucional y moral, lo que hace que no se pueda salir de la recesión, con el cual se aumenta el círculo vicioso del drama de la desocupación y el peligro inminente de la cesación de pagos a los acreedores externos, todo ello hace aumentar la tasa de interés en función del "riesgo país" -concepto éste último que se abonará por nuevos endeudamientos para pagar antiguos vencimientos de capital más intereses (Rodríguez Kauth: 2002).

La crisis de Argentina ocurrió en un contexto de inestabilidad internacional. La caída libre de los mercados de valores se evidencia en todo el mundo desde el verano de 2001. El 11 de septiembre no fue sino otro golpe a los mercados financieros internacionales y, más recientemente, el asunto Enron había resultado ser sólo el primero de una larga lista de escándalos de empresas "prestigiosas" que, según se sabía ahora, habían enmascarado sus escasos beneficios o incluso sus pérdidas enormes mediante trucos de "ingeniería contable" o, simplemente, mediante puras mentiras y corrupción ayudada por el amiguismo de las empresas auditoras. Los problemas en Argentina empezaron con la hiperinflación de la década de los ochenta. A fin de reducir la inflación hacía falta cambiar las expectativas; la teoría académica enseña que anclando la moneda al dólar suponía lograr expectativas anti-inflacionarias. Fue un retorno a una variante del viejo argumento del patrón oro, que Keynes criticara en la década de los 20's. Si la inflación continuaba, el tipo de cambio real del país se apreciaría, la demanda de sus exportaciones caería, el desempleo aumentaría y eso moderaría las presiones de los salarios y los precios. Los agentes del mercado, sabiendo eso, se darían cuenta de que la inflación no se mantendría. Así el cuándo el compromiso con el sistema cambiario fuera creíble, lo sería también el empeño para detener la inflación (Stiglitz: 2002). Si las expectativas inflacionarias cambiaban, podría lograrse reducir la inflación sin un costoso desempleo. Esta receta funcionó durante un tiempo en algunos países, pero era arriesgada, como se mostraría en Argentina. El FMI fomentó el uso de este sistema cambiario. Ahora es menos entusiasta, aunque es Argentina quien está pagando el precio, y no el FMI. La fijación por ley de la paridad uno a uno entre el peso y el dólar redujo la inflación, pero no promovió un crecimiento sostenido. Se debió alentar a Argentina para que estableciera un sistema cambiario más flexible o, por lo menos, un tipo de cambio que reflejara más los patrones comerciales del país.

Los bancos estadounidenses, antes profundamente implicados en la Argentina, se retiraron oportunamente", lo que explicaría la negativa del gobierno estadounidense y del FMI durante todo el año 2002 a sacar de apuros al gobierno de Duhalde mediante nuevos créditos.

Es que si apenas se había recuperado el mundo de la crisis financiera de 1997-1998, se deslizó hacia la recesión internacional del 2000/2001, complicando y empeorando la situación de Argentina. El error del FMI fue apoyar de modo inconsistente una política fiscal restrictiva a partir del gobierno central con fuertes implicaciones en los gobiernos regionales, el mismo desacierto que cometió en Asia Oriental, y con las mismas desastrosas consecuencias, de lo que solo se libró la Birmania que desobedeció a la voz de mando. Eso podría solucionar momentáneamente los problemas financieros del gobierno Bonaerense, aunque es más que dudoso que pudiera sacar al país de una recesión que se ha caracterizado por niveles sin precedentes de desempleo y pobreza. La crisis financiera global que se dio después de la de Asia Oriental provocó una serie de grandes ajustes en los tipos de cambio. El valor del dólar, al que estaba aprisionado el peso argentino, se incrementó enérgicamente con relación a las monedas que eran mercados de los productos de exportación argentinos. Entre tanto, el vecino de Argentina y socio comercial del Mercosur, Brasil, depreció su moneda; algunos dicen que fue significativamente subvaluada. Los salarios y los precios cayeron, pero no lo suficiente como para permitir que Ar-

gentina competitiva de manera adecuada, en especial porque muchos de los bienes agrícolas -que constituyen la ventaja comparativa natural de ese país- se enfrentaron con altas barreras para entrar a los mercados de los países ricos, lo que es una restricción permanente y difícil de contornear sin recurso a negociaciones en la OMC, donde predominan las posiciones de los países que defienden el comercio libre *ma non troppo*. (Stiglitz: 2002).

En los primeros meses del 2002 "la opinión de los expertos" era que el contagio de la crisis argentina no era probable. Pero a comienzos de agosto Uruguay estaba en ebullición. Uruguay también impuso un "corralito", congelando las cuentas bancarias de forma muy similar al corralito que disparó la crisis de diciembre de 2001 en la Argentina. En cuanto al real brasileño, sigue su devaluación progresiva, empujado por la situación financiera del país, las previsibles fugas de capitales podrían ser muy perjudiciales para el Brasil y crearían inestabilidad regional y distorsiones en los mercados financieros mundiales. En la Argentina la crisis económica ha sumido a enormes sectores en la miseria y los bancos tienen aún sus ventanas y puertas recubiertas de paneles de madera para evitar que la gente indignada por la expropiación de sus ahorros les rompa los cristales. Recientemente Ecuador y Paraguay parecen estar también en graves apuros. Las expectativas que generó el nuevo gobierno de Vicente Fox en México se han visto defraudadas por los penosos resultados económicos, solo recompensada con la expansión de las maquiladoras. La economía peruana está en recesión profunda. La crisis de las economías latinoamericanas se ve agravada por la recesión profunda que ha paralizado la economía de Estados Unidos.

Durante el último decenio del siglo XX la locomotora estadounidense pudo arrastrar el tren de la economía mundial, era un tren con muchos vagones atascados en crecimiento escaso, demanda débil y recesiones persistentes, sobretodo en el espacio europeo. La expansión de la economía de Estados Unidos durante los años noventa no solo creó demanda para las exportaciones mundiales que fluían a EE.UU., generando también y de manera recurrente un enorme déficit de la balanza comercial estadounidense.

Si la actual recesión en el núcleo de la economía mundial persiste y se agrava, la posibilidad de una emergencia financiera internacional no puede descartarse, ello tendría un impacto enorme en las condiciones de vida de los países latinoamericanos y, en general, del Tercer Mundo, que se han transformado en economías abiertas a la exportación de bienes en la base de ventajas, pero sobretodo en la base de permitir la acción de empresas de carácter multinacional que se dislocan buscando sus propias ventajas, prebendas y provechos inmediatos. La actual inestabilidad política en los países latinoamericanos es solamente un dato agregado a la incertidumbre de las crisis económicas.

Si las actuales tendencias de la economía Argentina en materia de comercio exterior son positivas, lejos de representar exclusivamente un factor positivo, son un reflejo de la extrema debilidad de la economía como un todo; además de continuar a depender de la evolución de la demanda mundial, de la utilización intensiva de sus recursos naturales y de las ventajas de sus precios en el mercado mundial, dependen de la capacidad de financiación de sus exportaciones, limitadas por la presión de

deuda y su servicio ante los bancos y organismos tutelares, lo que las hace perder la autonomía que tenían con su anterior capacidad industrial en el contexto latino-americano. Este regreso a la utilización de ventajas comparativas naturales, tales como el gas, las maderas, metales que se adicionan a sus tradicionales capacidades en los granos, el ganado y los cueros, más allá de Maradona y Batistuta, la Bruja y Aymar, reflejan la extrema debilidad de desarrollo industrial moderno de las economías latinoamericanas y de la Argentina en particular, sujeta a participar en la división internacional del trabajo en una posición subordinada y sin una estrategia independiente de los intereses de aquéllos que sin ser la causa de nuestro atraso, son los dueños de la pelota.

### Referencias:

- Bernal-Meza Raúl** (2002), El consenso de Washington, in [www.relnet.com.br](http://www.relnet.com.br).
- Canuto Otaviano** (2002), Receita Para País Branco, Economias Emergentes e Arquitetura Financeira Internacional, Valor Econômico", 19/11/2002.
- Ghymers Christian** (2001), *El Largo Reinado de la CEPAL: La problemática de la coordinación de políticas económicas*, CEPAL, Santiago de Chile, diciembre de 2001.
- Krugman Paul** (1995), *Dutch Tulips and Emerging Markets*, Foreign Affairs, July/August., Reproducido en español bajo autorización de Foreign Affairs © 1999, Council on Foreign Relations, Inc.
- (1995) *Development Geography, and Economic Theory*, The MIT Press.
- (1999) *Globalização e Globobagens*, Editora Campus, R.J. Brasil.
- Henderson Hazel** (1998), *Who's Defending the Global Commons?* Worldpaper, Boston, MA April 1998.
- Hobsbawm Eric** (2001), *El capitalismo sin sombra, Proyecto Arjé , Comunidad internacional de Filosofía* in <http://www.arje.uy.nu/> en entrevista aparecida en Diario Clarín de Argentina, el domingo 2 de diciembre de 2001.
- León Reyes Amado Félix de Villegas Valencia Jorge** (2001), *Aspectos Socioculturales de America Latina en la Globalización*, in [www.beta.ajusco.upn.mx](http://www.beta.ajusco.upn.mx).
- Morazán Pedro** (2000), *El Consenso de Monterrey cayó en la trampa del "Consenso de Washington"*, ponencia presentada en Roma, Italia en la Conferencia de Social Wacht sobre el proceso de Monterrey, 2000, in [www.alainet.org](http://www.alainet.org).
- Ocampo José Antonio** (2001), *Inversión Extranjera en América Latina y el Caribe*, Informe 2001, CEPAL, 2002.
- Peden G.C.** (1988), "Keynes, The Treasury and Brithish Economic Policy", *The Economic History Society*.
- (1983), "Sir Richard Hopkins and the Keynesian Revolution in Employment Policy, 1929-1945", *Economic History Review*, 36 (2), pp. 281-296.
- (1980), "Keynes, The Treasury and the Unemployment in the Later Nineteenthierties", in John Cunningham Wood (ed.), *John Maynard Keynes: Critical Assessments*, Croom Helm, London & Camberra, 1983, Vol.I, pp. 564-580.

**Rodríguez Kauth Angel** (2003), "La Política y los Políticos en Argentina durante el Nuevo Milenio. Su Desprestigio: Una Mirada Económica, Globalización", *Revista Mensual de Economía, Sociedad y Cultura*.

**Sabino Carlos** (1999), "El Camino Chileno hacia el Capitalismo" *El Fracaso del Intervencionismo: Apertura y Libre Mercado en América Latina* Ed. Panapo, Caracas, 1999.

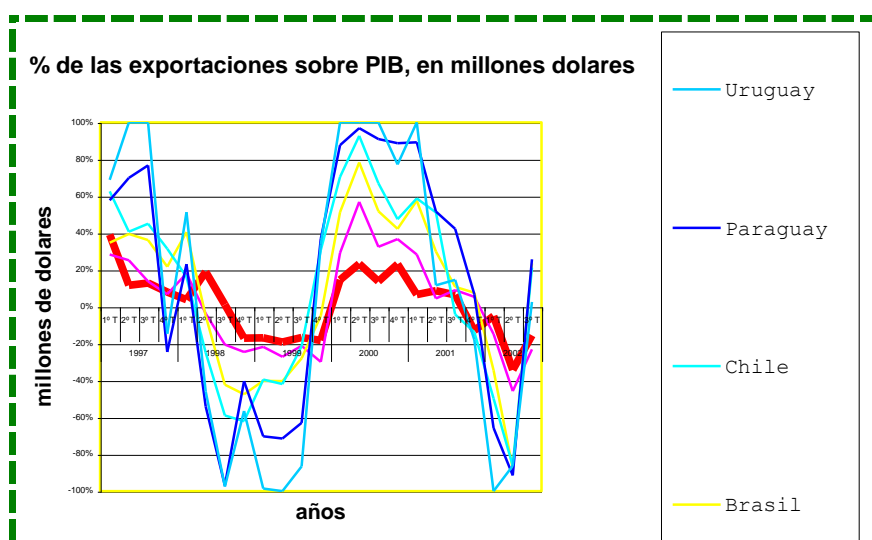
**Stavenhagen Rodolfo** (1998), *Consideraciones sobre la pobreza en América Latina Estudios Sociológicos*, Enero-Abril de, Hemeroteca Virtual ANUIES <http://www.hemerodigital.unam.mx/ANUIES>.

**Stiglitz J.** (2002), *El malestar de la Globalización*, Santillana Ediciones Generales, Madrid.

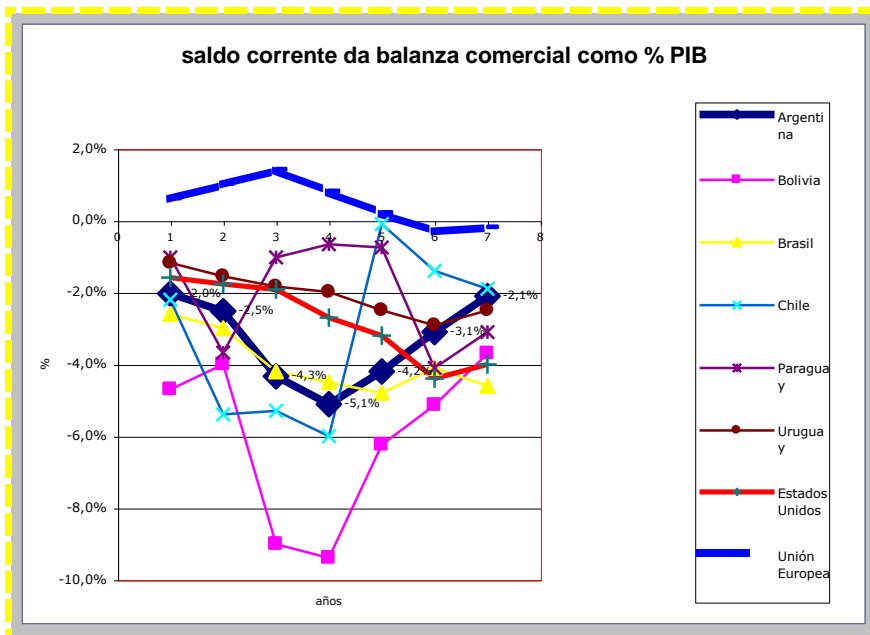
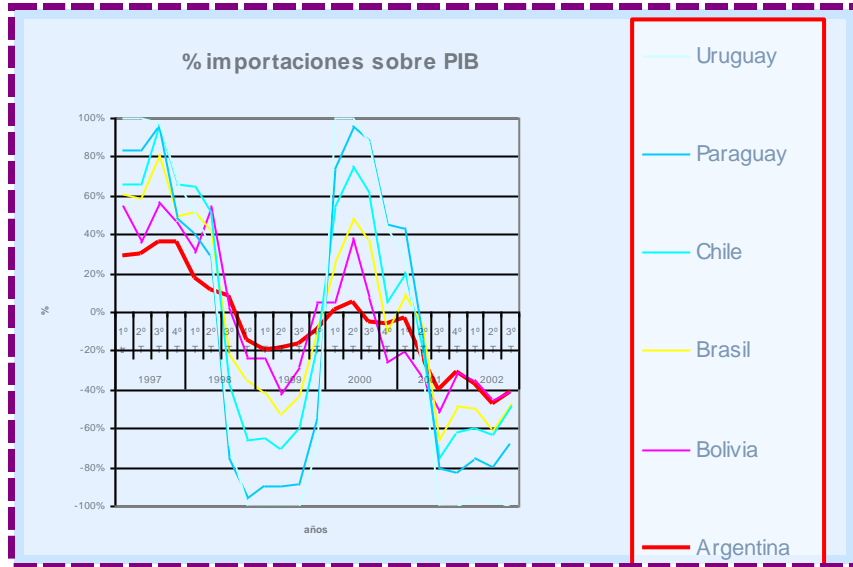
**Taborda Saul** (1941), *La Crisis Espiritual y el Ideario Argentino*, Universidad Nacional del Litoral Instituto Social, 1933.

**Unctad** (2001), *Informe Sobre el Comercio y el Desarrollo, Panorama General*, Unctad/Tdr/2001.

#### Anexo







## ARGENTINA: INDICADORES ECONÓMICOS, 1991-2000

	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999	2000*	2001**
PIB <sup>a</sup>	10.6	9.6	5.7	5.8	-2.8	5.5	8.1	3.9	-3.4	-0.5	-0.5
PIB per capita	9.1	8.1	4.3	4.5	-4.1	4.2	6.7	2.5	-4.6	-1.2	-
Saldo público	-	-0.1	1.5	-0.3	-0.6	-1.9	-1.5	-1.4	-1.7	-2.4	-2.7
FBCF <sup>a</sup>	29.9	32.2	15.1	13.5	-13.0	8.8	17.5	6.7	-12.8	-8.6	-6.3
tasa de interes	-	-	3.1	5.7	14.0	10.3	8.7	9.6	12.4	12.2	-
IPC <sup>d</sup>	84.0	17.6	7.4	3.9	1.6	0.1	0.3	0.7	-1.8	-0.7	-0.1
Desempleo	6.5	7.0	9.6	11.5	17.5	17.2	14.9	12.9	14.3	15.1	-
Salários reales	-	1.3	-1.3	0.7	-1.1	-0.1	-0.6	-0.3	0.3	-	-
	-									-	-
IDE	2439	3218	2059	2408	3756	4937	4924	4175	21958	7500	6700
dívida externa	61334	62722	72209	85656	98547	109756	124696	140489	144657	147000	151000
Servicio dívida	8007	5876	6432	8328	10281	15739	17392	21197	24677	29093	30094
em % export. <sup>g</sup>	49.9	33.1	33.8	36.5	35.1	48.0	47.9	56.9	72.8	75.8	77.6
<i>Total Exports</i>	-	45891	54122	-	70402	74998	82342	81323	74320	86461	-
<i>Total Imports</i>	-	34264	48079	-	75311	83217	98392	95395	79801	86323	-

\* Valores preliminares; \*\* Estimativas y proyecciones del FMI para el 2º trimestre en una base anual; <sup>a</sup> Tasa de variación anual;

<sup>b</sup> % do el PIB; <sup>c</sup> Tasas activas reales, anualizadas (%); <sup>d</sup> Dezembro a Dezembro; <sup>e</sup> Tasas medias anuales; <sup>f</sup> Em millones de USD;

<sup>g</sup> Exportaciones de bienes y servicios; Fuente: CEPAL, FMI e CDC Ixis, CEI, Intal, 2001.

